

Presentación

La globalización económica, entendida al menos como la imposición de un modelo único de civilización a todas las sociedades del orbe, ha llegado a su fin. Los esquemas privatizador, individualista y de mercado (asociados típicamente a la aceptación del capitalismo triunfante sobre la base del modelo estadounidense) han perdido el vigor y la fuerza cultural que los caracterizaron durante los ochentas y los noventas del siglo pasado.

El pensamiento neoliberal dominante, que ha estado en el corazón de los programas de las instituciones responsables de la economía mundial –Organización Mundial del Comercio, Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial– como la vía maestra para garantizar el máximo de bienestar posible a los seis mil millones de habitantes del planeta, consistió en atribuir a los mercados autorregulados la capacidad de satisfacer las necesidades individuales y colectivas de la experiencia humana. Esta presunción, apoyada en la capacidad financiera, en los niveles de producción industrial y en las posibilidades de despliegue militar del capitalismo estadounidense, se enfrenta hoy a inocultables resultados adversos. El máximo campo de prueba fueron los llamados países en vías de desarrollo y, en particular, los de América Latina, que habrían de hacer de las propuestas fuertes de la globalización su plataforma de lanzamiento si aspiraban a crecer y a combatir la pobreza eficazmente. Sin embargo, contra todos los augurios de sus epígonos, después de veinte años, se observa de manera dramática que a mayor sometimiento a la globalización mayor desigualdad social y económica en la mayoría de los países en vías de desarrollo.

Los impactos negativos producto de la imposición del mercado (que, por lo demás, no tiene competencias distributivas) se acrecentaron, no sólo por la renuncia del Estado a cumplir sus funciones reguladoras y redistribuidoras sino por la militancia activa, decidida y decisiva de su clase política a favor de las medidas aprobadas en el Consenso de Washington. Esta combinación –más mercado y menos Estado– presentó a la postre tintes dramáticos, inclusive para algunos de los paladines de la sociedad globalizada, pues dejaba a millones de personas en la indefensión y en la marginación. Además, la globalización provocó una distribución inicua entre bienes privados y bienes públicos y la desafortada búsqueda de la ganancia depredó el ambiente y entró en colisión con algunos sacrosantos valores sociales y, por si fuera poco, los mercados financieros globales desembocaron con frecuencia en crisis devastadoras. La suma de estas tres circunstancias creó una combinación explosiva: altamente lucrativa a favor de unos pocos y con enormes desventajas en detrimento de los más. Contra todas las apariencias, fue evidente

que ninguno de estos esquemas habría podido alcanzar sus objetivos fundamentales sin el estímulo y la promoción del aparato estatal y su clase política que, entre los setentas y los ochentas, se apoderó de sus controles de mando aunque ello significara renunciar, para obtenerlos, a sus compromisos con la defensa de la soberanía, con la búsqueda del interés general, con la producción de bienes públicos y con la construcción de una democracia sustantiva y no meramente instrumental.

Es esta ausencia de compromiso nacional que los varios pueblos de América Latina han empezado a reclamar, mediante distintos modos y expresiones, a sus respectivos gobernantes; una denuncia central a éstos es que hayan desistido del amor a sus pueblos, a sus tradiciones, a su historia, a sus anhelos y, en fin, a su esperanza de futuro. La clase política de diversos países de América Latina ha renunciado a su nación y a la posibilidad de construir una alternativa histórica. A final de cuentas, el haber menospreciado la capacidad de las sociedades que habitan del Río Bravo a la Patagonia se traduce hoy en una exigencia por cambiar la política, por reinventar la democracia, por rehacer el Estado, por reconstruir la nación como una gran patria latinoamericana en donde se subsuman las particularidades propias de los sueños inconclusos del siglo XIX para proyectarse, en el siglo XXI, hacia una perspectiva democrática, multinacional, pluricultural y pluriétnica.

La globalización económica, en su intención universalista, apabulló la especificidad de las expresiones locales y nacionales. Por ello, éstas se han volcado a favor de una globalización alternativa: una *glocalización*. Es decir, la construcción de un proyecto que, partiendo desde abajo, desde lo local y desde lo más íntimo de la sociedad, tome en consideración, como elemento fundamental, su dimensión histórico-sociocultural. Este es el cimiento fuerte de su trascendencia ideal, de su constitución socioeconómica y de su grandeza política. Se trata, sin duda, de la percepción de “cuánto está podrida Dinamarca” y, por ende, de la comprensión, tanto intuitiva como racional, de las limitaciones del neoliberalismo y de la urgencia de proponer no sólo otro mundo posible sino otro mundo necesario y realizable.

Nuestra revista *Estudios Latinoamericanos* desea participar de esta nueva fase de la historia de América Latina. Estamos entrando probablemente en una fase de cambios de portada mayor, quizá epocales, sobre todo porque vienen desde abajo y de los bordes del sistema y, por ello mismo, no son un derivado de las iniciativas cupulares. Algunos de sus efectos son visibles: desbarataron a las organizaciones partidarias y han dado origen a movimientos, organizaciones y liderazgos inéditos. Aún más: la capacidad de previsión y la iniciativa política están del lado de agrupaciones y articulaciones sociales sin historia previa.

Las transformaciones se están dando en todas nuestras sociedades, atravesando las fronteras físicas, de clase, étnicas y de género. Imaginarias unas, artificiales otras. Y muchas más reales pero mistificantes, que a lo largo de los siglos XIX y XX se fueron construyendo para dar origen a proyectos de conformación nacional en algunos espacios territoriales aún inconclusos. Qué importa que tan discontinuo pueda ser el cambio y que tan territorialmente diversificado pueda presentarse; pues, sin duda, depende de una multiplicidad de circunstancias: en algunos casos

determinadas por la correlación de fuerzas entre los actores internos; en otros, por los nudos sociales de interés y, en otros más, por los intercambios con alianzas sociales con atracción gravitacional. No importa. Lo realmente significativo es –como dice el gran poeta guanajuatense José Alfredo Jiménez– “saber llegar”. Porque una vez aquí, de este punto de partida, sociedades plagadas de experiencias, confiadas de su identidad y seguras de sus perspectivas estarán en posibilidades de construir un futuro de largo plazo.

Estudios Latinoamericanos inicia una Nueva Época sobre los hombros de los pueblos y naciones de América Latina y el Caribe, de las mujeres y los hombres desperdigados por toda nuestra región que siempre pensaron y piensan que América Latina es una y que, por lo mismo, se abre a las viejas y nuevas experiencias locales, nacionales y regionales a favor de su integración, de su desarrollo, de sus anhelos de democracia política, social y económica, y de su búsqueda de articulación multicultural. Asimismo, queremos ofrecer una reflexión continua sobre las mutaciones del capitalismo contemporáneo y sus efectos sobre América Latina y el Caribe, sobre la importancia creciente de las naciones asiáticas, en particular de la República Popular China y de la India. América Latina y el Caribe no puede seguir siendo ajena a esa parte del mundo y, menos ahora que la producción económica mundial se concentra en un 50 por ciento en ese espacio geográfico que, por cierto, fue muy cercano a los mexicanos de los siglos XVII y XVIII. También es importante estrechar vínculos con el Medio Oriente, el continente australiano y nuestra tercera raíz, África. Estamos convencidos que hoy debemos pasar por alto la “razón indolente” –como afirma De Sousa–, y hacer un uso creativo de nuestras experiencias con el fin de construir una democracia del Sur, sustantiva, universal, multicultural e incluyente.

* * *

En la sección de “Horizontes teóricos” Mauricio Méndez Santa Cruz, en su artículo “El debate sobre teoría democrática y su pertinencia en América Latina”, trae a colación el debate anglosajón sobre las concepciones *procedimentalista* y *sustancialista* de la democracia y sus posibles consecuencias en América Latina. El debate no es baladí. Por el contrario, iniciándose con Norberto Bobbio en los años ochentas, resulta de la mayor importancia en estos momentos en nuestra región, precisamente cuando se debaten los alcances de la democracia y se perciben los límites cada vez con mayor claridad de esta noción schumpeteriana, dominante a lo largo de la segunda posguerra y, todavía, en los primeros años del siglo XXI. Con base en este artículo estamos interesados en continuar el debate que afecta a todos los bandos ideológicos –izquierdas, derechas y centros– y cuyo resultado se podrá ver reflejado en las conclusiones de lo que se pretende llevar a cabo como la reforma del Estado.

La sección “A debate” toca de manera central la discusión contemporánea sobre las mutaciones actuales del capitalismo mundial: trabajo inmaterial y fragmentación en el mundo laboral en América Latina. Con este fin, Ricardo Antunes

polemiza con el estudioso francés, en su artículo “Trabajo y valor: anotaciones críticas sobre la obra reciente de André Gorz”, sobre las implicaciones de las nociones de trabajo y valor en el “Trabajo inmaterial”. La discusión no es nueva: viene desde Marx, aunque con altibajos. Pero ahora adquiere una importancia crucial por la indudable relevancia que la economía de la información y del conocimiento tiene en el mundo desarrollado y en nuestros países.

El artículo “Reestructuración neoliberal del empleo en América Latina: México, Chile y Brasil”, de Irma Balderas Arrieta, ofrece un análisis de los efectos del neoliberalismo en el campo de la reestructuración del empleo en tres estudios de caso relevantes: México, Chile y Brasil en el contexto de los cambios verificados en la estructura del mundo del trabajo. En este estudio habría que destacar, además de las conclusiones teóricas derivadas del mismo, el uso de una significativa información cuantitativa.

Más circunscrito, pero no por ello menos relevante, el artículo “Dinámica del progreso técnico y relaciones de clase en el capitalismo: el caso de una empresa de montaje en el Brasil de los años noventas”, de Fabiane Santana Previtalli, tiene importancia porque nos permite analizar, en un puntual estudio de caso, de qué manera se redefinen las relaciones de clase ante las transformaciones tecnológicas en el seno de la producción automotriz.

En la sección de “Procesos y tendencias” abordamos temas diferentes, si bien el núcleo organizador central tiene que ver con las posibilidades de desarrollo.

A este respecto, resulta atractivo el artículo de Kyeong-Hee Kang sobre “Neoliberalismo y gestiones empresariales de grupos mexicanos y *chaebols* sudcoreanos”. Se trata de un artículo de la mayor relevancia, pues confronta las orientaciones del desarrollo de Corea del Sur con las seguidas por el gobierno y el empresariado de México a raíz de la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), y las consecuencias económicas de las decisiones de uno y otro país.

En “El impacto del capital social en el desarrollo de la región Maya Ch’ortí de Guatemala”, Miguel Ángel Márquez Zárate estudia el significado del capital social en el ámbito de la experiencia de una comunidad indígena de la región Maya Ch’ortí de Guatemala y de qué manera contribuyó a estimular el desarrollo social y económico. Esta experiencia se coloca en el horizonte de los recursos históricos y sociales desperdiciados en el Sur del mundo por las políticas y orientaciones neocoloniales de las clases dominantes y dirigentes de la región.

En esta misma sección, Armando de Jesús Villatoro Pérez en su artículo “Guatemala: Estado y contrainsurgencia”, revisa el caso de Guatemala y el papel del ejército en sus estructuras de poder, en un momento en que el país reflexiona sobre los alcances reales de los civiles en el poder y sus dificultades para poner en marcha procesos virtuosos de desarrollo capaces de introducir cambios sustanciales en la estructura social de ese país centroamericano.

Por último, Eduardo Díaz González lleva a cabo, en “Doctrinas de población en América Latina durante el siglo xx. El caso de México”, una revisión de las doctrinas de población con relación a las orientaciones políticas del Estado. Según

Díaz González existe una relación íntima entre unas y otras, tal y como parece derivarse de su estudio sobre México. En todo caso, el autor abre el espacio a ulteriores interrogaciones y líneas de investigación sobre el tema.

José María Calderón Rodríguez
Director de la revista
Coordinador del CELA